La palabra de María Zambrano

Los nombres de *María Zambrano* y de *José Angel Valente* están, para mí, estrechamente unidos y José Angel es, creo, sin merma alguna de su significación sustantiva y de su valía, el más gran discípulo de María. Ambos son *herejes.* Ella, de la filosofía, de la filosofía académica y, no menos, de la filosofía mundana. A su maestro, Ortega, con razón o sin ella, se le acusaba de *filósofo literario.* Sin que yo haga mío aquel menosprecio alemán, presente en torno a Stefan George, de la «literatura», a la mayor honra de la «poesía» a María nadie se atrevería a llamarla «literata» de la filosofía. Pero *hereje poética de la filosofía* al uso, es título al que, quizá más que nadie, se ha hecho plenamente acreedora. Y, tras ella, José Angel Valente *es el gran hereje poético en la metafísica religiosa:* el español que, además de evitarlos, ha escrito el gran poema sobre nuestro hereje más puramente hereje, el hereje de la Nada, Michele Molinos Aragonese, es decir, Miguel de Molinos; de quien dio «de la verdadera y perfecta / aniquilación / una oscura noticia», la de la nada, al borde mismo de la luz. La más pura y radical heterodoxia, la otra *doxa,* la descreída creencia religiosa de la nihilidad.

Quería, para empezar, traer el nombre de José Angel Valente a este homenaje a María. Y en seguida agregar que, en la *imposibilidad de dar una visión de su filosofía,* me voy a limitar a la glosa de un texto suyo. Podría haber elegido alguno poco conocido, de aquellos que ni ella misma conserva y que, cuando quiere reeditarlos, se dirige amablemente a mí para que se los proporcione; pero he preferido otro al alcance de todos, el titulado *Adsum,* —catorce páginas escasas—, representado en el librito *Dos escritos autobiográficos (El Nacimiento),* Entregas de la Ventura, Madrid 1981. El texto consta de dos partes, *el Filosofar y el Vivir,* metafísico-poética la primera, *poético-narrativa* la segunda.

Adsum, estar presente, «estoy aquí». ¿Lo mismo entonces que *Da-sein,* ser o «estar ahí»? No. *Da-sein* es estar en medio de las cosas y como arrojado entre ellas. «Estoy aquí» es estar *recogido en mí.* María Zambrano es la niña perdida en el templo orteguiano y hallada a sí misma, ¿en qué templo?, ¿el de los clásicos?, *¿el de Unamuno?*

La vida, ¿es sueño? Es lo que pensaron los clásicos —que se movieron entre el *«sueño» de la mejor poesía griega* y el *«teatro» de la filosofía estoica romana,* es lo que pensaron Cervantes y Shakespeare y, más retóricamente, Calderón.

Mas sueño, ¿de quién? Es *Unamuno* quien explícitamente nos responde: de Dios. Nuestra vida dura lo que Dios se demora en soñarnos; y nuestra muerte se produce al despertar Dios de nosotros. Dios es, claro está, infinito, y su infinitud a este respecto se manifiesta en su capacidad para soñar, simultáneamente, los millones y

millones de sueños de la realidad entera con la misma intensidad con la que el más conspicuo de nosotros sueña su propio sueño, su propia vida.

¿Qué me corresponde o cabe, qué debo hacer? *¿Cumplir ese sueño,* primariamente de Dios? ¿O bien, al contrario, en seguida veremos por qué, *renunciar a ello y desnacer?* Quizá haya, tal como para los escolásticos, grados de ser, *grados también de sueño.* Quizá el sueño primario, el de su criatura predilecta, fue directamente de Dios. Y, tras aquel sueño original, el Universo va *pre-soñando* en la flor, al niño, en el árbol, al hombre, y cada uno de nosotros somos directamente el *sueño de nuestros padres.*

Pero ya estamos *nacidos,* ya estamos aquí. Y con el haber nacido, con el estar aquí, lo que en principio no era sino —por El, por Ello, por los otros—, sueño de nosotros, ahora se ha sustantivado y es *sueño nuestro,* es decir, en términos filosóficos *orteguianos, proyecto nuestro. Proyecto, ¿de qué? Nada menos que de poseer el Universo. Sueño desmedido.* He aquí por qué ha podido decirse que el *primer delito* del hombre —el *«pecado original»* cabe también decir—, es haber nacido.

Ante todo, delito o pecado con respecto a nosotros mismos, a una parte de nosotros mismos: mirar es dejar atrás el punto negro del que nacemos, dejar hundido en la oscuridad lo más íntimo de nosotros para, sólo desde la superficie y hacia fuera, ver. Delito o pecado, después, de irnos alienando en las cosas, alejándonos más y más de esa intimidad nuestra.

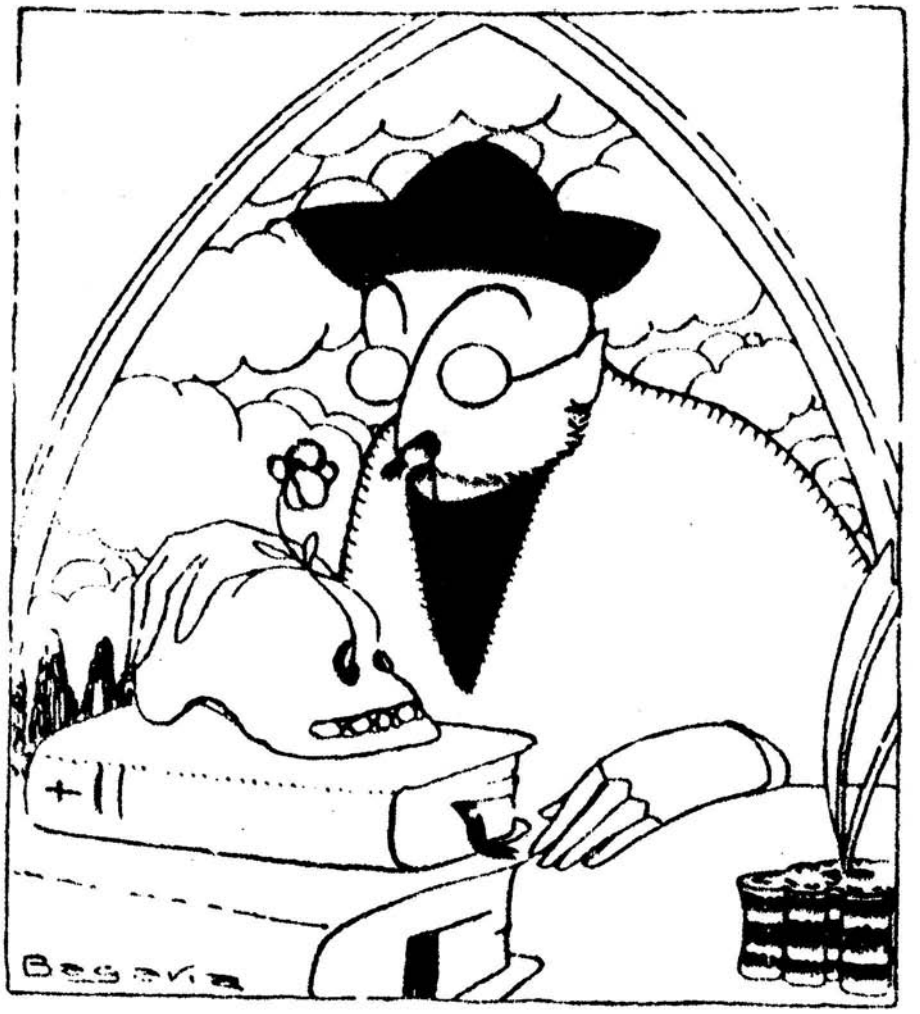
La otra alternativa es *desnacer* pero ¿cómo? La solución expeditiva, el suicidio y, como he escrito en otra parte, la *cultura del suicidio,* ¿es una alternativa real? ¿O es simplemente una huida de nuestra condición?

Pasemos ahora *del Filosofar al Vivir.* (Que es también filosofar en su primera y radical forma). Vive ahora la niña su experiencia de la mano de la madre. Vive entre las cosas y con ellas. Distingue, empieza pronto a distinguir, por debajo de los *recuerdos* concretos, la *memoria* pura y como desnuda referencia al pasado... ¿hasta dónde, hasta qué muro, hasta qué impenetrable negror?

Y llega la *noche,* la hora de desprenderse de lo vivido y quedarse solo, a oscuras, en «el desierto sin fronteras» del puro estar ahí. La noche, la soledad para cada cual. El prójimo, tan solo como yo, y al que no puedo dar nada, «ni ofrenda ni ademán», sólo la mirada. Despojarse de todo, de libros y proyectos, ser pobre, la lección suprema de la *filosofía, desnacer pero en un «no» tranquilo,* sereno, que no rechazaba, sino que, simplemente, se vaciaba y quedaba en el ser...

Pero ahora es el *padre* quien viene hacia ella y la levanta del suelo a la altura de su frente. Y ella encuentra allí su secreto: sí, he nacido de tu sueño y quiero ser fiel a él. Es la aceptación de la vida.

Y tras el casi desnacer de la *enfermedad,* un prenacer, el reposo de estar en «un cuarto blanco y desnudo, sin un libro», casi sin visitas, pero viendo por la ventana el cielo azul de Madrid y en él nubes que cobraban figura heroica y también de guirnaldas, de brillos y de dorados, de azul y de luz. Era la *Historia,* a la que ella amanecía. Y ahora ya no era el *ser* desnudo, ni siquiera el *estar-ahí,* sino el *adsum:* sí, estoy aquí, acepto la vida.



Miguel de Unamuno. Caricatura de Bagaría aparecida en «El Sol» el 14 de abril de 1935.

Sí, nacer y re-nacer, una y otra vez, aceptar esa «herida en el ser», ese sumirse en la noche impenetrable del sentido, apenas surcada por esas ráfagas de luz y de esperanza, a las que llamamos vivir.

La breve glosa en que han consistido las líneas anteriores no han pretendido ser sino muestra de esa *fusión permanente de filosofía y poesía* que es, siempre, la palabra de María Zambrano. Y prenda de un homenaje que, permanentemente, le estamos debiendo.

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN
Fortuny, 46
MADRID-10